

## PRÓLOGO

Estos relatos tienen lugar en un enclave llamado el Cerro, situado entre Vejer de la Frontera y la playa de El Palmar, en la costa de Cádiz. Una finca de cuatro hectáreas con un sólido caserío construido por el gran fotógrafo Atín Aya con la colaboración de María Llorente, su pareja entonces, a quien se la dejó en herencia antes de fallecer prematuramente en 2007 a los 52 años. Ambos, íntimos amigos míos.

He tratado de narrar mis experiencias allí, en compañía de María, de su marido Juan García Méndez y de un personaje singular que atiende por Bartolo, con el que entablé una particular relación. Fui elaborando un cuaderno por entregas con el objetivo de contarles, en la mayoría de los casos, lo que ocurría cuando estaban ausentes y me dejaban a su cuidado, y como forma de agradecer que me permitieran disfrutar de esa casa y del paisaje que la envuelve.

Son capítulos breves que recorren un periplo de once años, una suerte de diario a saltos que se extiende desde abril de 2013 a septiembre de 2024. El escenario siempre es el mismo, como los personajes principales, de modo que se describen momentos y situaciones parecidos a lo largo del tiempo, reiteraciones que no he tratado de disimular porque forman parte del ritmo interno de una convivencia estrecha.

Quiero agradecer a Isabel González Turmo su atenta lectura y sus oportunas observaciones, principal responsable de que estos relatos se publiquen, junto a Luis Sánchez-Moliní. Cristina Huarte también me prestó su tiempo con detalles pertinentes. Por último, a la editorial Athenaica por su atrevimiento y a Ignacio F. Garmendia por pulir impurezas con su habitual finura.

I  
NOTAS RÁPIDAS SOBRE CINCO DÍAS  
Abril, 2013

—Esta semana de Feria me voy a Nueva York a ver a mi hija. No sé con quién dejar a Bartolo. ¿Te importaría pasar estos días en casa con él? —me pidió María.

Reflexioné unos segundos con mi fino instinto para evaluar las complicaciones que la vida te pone en el camino.

—Está bien —acepté—, pero en este caso prefiero irme al Cerro. Mi amigo Jorge está de baja y se quiere largar a alguna parte, como cada Feria. Tiene un coche estupendo. Luego paso por tu casa, me explicas lo de Bartolo y me das las llaves.

Por la tarde me acerqué a pulir los detalles del asunto.

—A él le gusta dormir en el mismo cuarto donde duermas tú —fue lo primero que me dijo.

—¿En la cama?

—No, a los pies, él tiene su camita.

Me enseñó una especie de mantita azul, y me explicó las puertas que había que cerrar, las llaves y el tema de la comida de Bartolo.

Bartolo es un teckel de pelo duro de cuatro años. Uno de los seres más privilegiados que conozco. Vive mejor que el noventa por ciento de la población

mundial. No hay nada como ser perro y tener una dueña que te adora. Está acostumbrado a lo mejor. Disfruta de una bonita casa con un coqueto jardín en la parte delantera, mullidos almohadones donde reposar, y un refugio sobre una loma a las afueras de Vejer, en una especie de paraíso terrenal, llamado el Cerro.

—Creo que te lo he dicho todo. Salgo mañana por la mañana, tú lo recoges al mediodía y te vas al Cerro al día siguiente, ¿no?

—Eso es.

—No sabes lo importante que es para mí. Eres el único con el que puedo dejarlo tranquila. Me cuesta mucho separarme de él. Tienes que hablarle mucho, darle conversación, sobre todo a la hora de acostarse.

El peso de la responsabilidad comenzaba a afectarme.

—Si lo saco a dar un paseo por el parque, ¿lo puedo soltar?

—Sí, a lo mejor se va corriendo, porque le gusta jugar con los gatos, pero vuelve.

—¿Jugar con los gatos?

Bartolo se había ganado a lo largo de su vida una bien ganada fama de cazador implacable. Lo conocía bien. Más de una vez se extraviaba y tardaba todo el tiempo que le daba la gana en volver con una gallina en las fauces o con cualquier otra presa. Jugar con los gatos era una expresión demasiado amable. Decidí que no lo soltaría hasta llegar al Cerro. En el parque hay patos y otras criaturas inocentes.

Nos despedimos. Yo llegaba tarde a una cita. En la puerta, María me informó de la última circunstancia.

—Se me olvidaba, Bartolo sufre a veces ataques de epilepsia.

—¿Cómo? ¿Ataques...? ¿Y qué se supone que debo hacer?

—Se le pasa enseguida. Tienes que estar a su lado y cuidar que no se trague la lengua, aunque la de los perros es diferente a la nuestra y no es corriente que se ahogue.

—Es un alivio, desde luego. En fin...

Al día siguiente por la tarde me trasladé a casa de María. Bartolo me recibió con algunos saltos de bienvenida. Para estrechar lazos le puse la correa y lo llevé al parque. Mejor dicho, me llevó él, tirando como un poseso. Al poco tiempo, se hundió de popa para hacer sus necesidades. Un señor que pasaba con otro perro me miró mal.

—Recoja eso, hombre —reprochó el ciudadano.

Me alejé sin contestar. De aquello no habíamos hablado. María no me había facilitado esos guantes o palitas que tienen los dueños de perros para limpiar sus cacas. En cualquier caso, iba a ser el único paseo por el parque. Al día siguiente estaríamos en el Cerro y allí podría hacer lo que quisiera sin molestar a ningún vecino.

Esa noche, antes de subir al cuarto que me habían dispuesto, estuve viendo una película en la tele. Durante todo el rato Bartolo estuvo sentado en la puerta, mirando hacia la verja de entrada.

Un experto en canes me había preguntado una vez qué creía que hacía un perro cuando lo dejaban solo en una casa. Contesté que, sintiéndose a sus anchas,

se subiría al sofá, destrozaría la bolsa de la basura, se limpiaría sus partes en las sábanas limpias, lo que yo haría si fuera perro. Esperar que el dueño vuelva, me replicó el experto.

Hasta que nos fuimos a dormir, eso parece que estuvo haciendo Bartolo, con la vista fija en la puerta, si es cierto lo que me contaron.

Al día siguiente, a media mañana, se presentó Jorge con su elegante Saab negro descapotable. Bartolo lo recibió con ladridos.

—A ver si nos va a dar la semana —aventuró Jorge.

—Tienes que agacharte y acariciarlo. Se portará bien, si no le da un ataque de epilepsia.

—¿Qué me dices?

—Eres médico, tú sabrás lo que hay que hacer.

Jorge se abstuvo de hacer comentarios. Metimos las bolsas en el maletero.

—¿Este perro está acostumbrado a viajar? ¿Vomitará en la tapicería?

Jorge abrió la puerta; nada más hacerlo, con un vistoso brinco Bartolo se introdujo a los pies del asiento del copiloto.

—Vaya, retiro lo dicho. Por un momento pensé que quería conducir.

—Ha hecho este viaje más veces que tú y que yo.

Bartolo se comportó durante todo el trayecto como un caballero, enroscado en mis zapatos. Después de recorrer dos circunvalaciones distintas para encontrar el camino al Cerro, llegamos sin más incidentes.

El Cerro está rodeado de suaves lomas adhesadas y de campos de cultivo que descienden suavemente

desde la escarpadura en la que se encuentra Vejer hacia la costa, entre Conil y el faro de Trafalgar. Se ven vaquitas salpicando el bucólico panorama que se observa desde el porche de la casa, que alcanza hasta la línea del mar. En los días muy claros se divisa el perfil africano.

Ante ese espectáculo uno se hace preguntas sobre la existencia. Allí Bartolo se siente como Dios. Él no se hace preguntas.

Para saber un poco más con quién estaba tratando busqué información en internet sobre los de su raza. Los teckel tienen olfato fino de sabueso, y les gusta escudriñar en madrigueras y agujeros. Capaces de seguir una pista kilómetros y kilómetros. Son famosas sus cabezonerías. ¿Qué significaba esto? Según el texto que consultaba, cuando se ponen a seguir un rastro pueden alejarse y alejarse, porque son muy tozudos, pero siempre regresan, puede que al cabo de horas o días, cuando obviamente el dueño ya no está allí.

Temblé ante la posibilidad de que en uno de nuestros paseos encontrara la pista de un hurón y se pusiera a perseguirlo por la provincia. Los dueños de los teckel pueden largarse si no vuelven, para eso son suyos, pero en mi caso no podría hacerlo. Me imaginé haciendo noche debajo de una encina, esperando que Bartolo regresara de cualquier actividad cinegética.

Por lo demás, seguía el texto, son afables y se adaptan muy fácilmente a la vida en el hogar. De eso estaba seguro, por la facilidad que tenía Bartolo para acomodarse en los mejores sofás y cojines. La mantita que me había dado María la usó muy pocas veces, para

hacer alguna flexión mañanera. Todas las noches lo descubría acurrucado a los pies de mi cama.

Comprobé que Bartolo no se alejaba mucho de la casa cuando estábamos dentro, de modo que para hacerlo gozar solía darle tres o cuatro paseos al día por las cercanías, para que persiguiera todo bicho que se le antojase, siempre con el alma en vilo por si encontraba el aroma de una presa que le resultara irresistible. Nunca estuvo lejos de mi vista más de diez minutos, detalle que siempre le agradeceré. En realidad, parecía controlarme él a mí para que no me perdiera.

En el segundo día de nuestra estancia recibí un mensaje de María desde Nueva York. Decía así: «Déjame una perdida para llamarte. Quiero saber si va todo bien en el Cerro, si Jorge y tú estáis cómodos y cómo se encuentra Bartolo».

Le escribí un sms: «Bartolo está bien». Sabía que, en el fondo, era su principal preocupación. Si quemáramos la casa podría llegar a perdonármelo, pero si le pasaba algo a Bartolo bajo mi cuidado ya podía extrañarme a un país remoto.

A Jorge le gusta la playa. El primer día bajó solo. El segundo decidí acompañarlo, aunque temeroso: hacía dos años que no me daba el sol y no quería quemarme. Además, con la crema protectora la arena me incomoda una barbaridad.

Ese día supe que a Bartolo no se le puede dejar que asome la cabeza por la ventanilla abierta si no lo tienes bien sujeto con la correa. Estábamos circulando por la carreterita que corre paralela a la playa de El Palmar, buscando un sitio apropiado. Nos detuvimos para dar



la vuelta en el punto en el que se interrumpe, frente al arrecife de Punta de Morón, cuando Bartolo saltó hacia fuera y se introdujo como un torpedo teledirigido debajo de un contenedor de basura. Había visto un gato, que salió a toda velocidad sin entender que Bartolo sólo quería jugar, según la tesis de su dueña.

Gato y perro se metieron entre las parras de un chiringuito próximo, un bar que sólo abre los meses de verano, pero que sirve de vivienda a sus dueños. Al cabo de unos minutos Bartolo regresó, consciente de que se había extralimitado. Detrás de él venía un tipo. En ese momento no sabía si el gato había sido asesinado, y me imaginé que era el dueño que venía a pedir explicaciones.

—¿Bartolo? ¿Se llama Bartolo de verdad? Es increíble.

Resulta que el hombre tiene en Madrid un teckel que también se llama Bartolo. De modo que el susto quedó en nada, sin víctimas. Estuvimos hablando un poco sobre la coincidencia, el carácter de los perros, si se iba a levantar viento de levante, una preocupación en la zona, y al final nos despedimos con mucha cordialidad.

El rato en la playa pasó (Bartolo se remojó ligeramente la barriga y no provocó más incidentes) y pude salvar el trance sin quemaduras de tercer grado, pero ya no volví a bajar a la costa. La única excursión que hice fue el sábado para ver dos partidos de fútbol en la terraza de un bar de Vejer, protegida por lonas del levantazo que había saltado la noche anterior. Bartolo lo soportó estoicamente, muy tranquilo. En los descansos le daba una vuelta (con correa) para que no se deprimiera.